

## Don Pedro de Luna (1328-1423), habilitador del Renacimiento en España

De la riqueza cultural hispánica han brotado a través de los siglos unos titanes que han recogido todo el conocimiento humano disponible, lo han saboreado profundamente respecto a los problemas de su edad y luego, en su vida y en sus escritos, han proporcionado una nueva base para el continuo progreso y bienestar de la sociedad. Uno de estos personajes fue el hispalense de los siglos sexto y séptimo. Deseando aclarar el sentido de *sentencia*, San Isidoro nos dejó unas características fecundas que podrían sintetizar no solamente su obra total sino la de otros grandes que le siguieron. Señala el santo que se tiene que *sentir* la verdadera sabiduría y *gustar* su interno sabor. A la ciencia se tiene que añadir la experiencia vital <sup>1</sup>.

Alfonso el Sabio (1221-1284) fue sucesor real. Antonio G. Solalinde escribió que el rey era «el remate» de un siglo literario y el más claro ejemplo de toda la historia ibérica de reyes cultivadores de la ciencia y de la literatura. Pero según Solalinde, la originalidad del rey sabio se tiene que centrar en el esfuerzo tan tremendo que realizó para que se abarcasen tantos temas significantes <sup>2</sup>.

La plenitud de los conocimientos de San Isidoro y Alfonso el Sabio, la vivencia de aquél y el esfuerzo de éste, tuvieron su fruto en la vida y las obras de don Pedro de Luna (1328-1423), Cardenal de Aragón y luego Papa Benedicto XIII en Aviñón y Peñíscola. Gracias a la labor de este insigne humanista cristiano y prelado, Castilla y Aragón se prepararon para participar en el nuevo mundo europeo cuya exuberancia apellidó «renacimiento» y al cual aportaron su propia vitalidad. La carrera de don Pedro de Luna sufrió un eclipse casi total la última década de su larga vida por razones malignas, tanto políticas como eclesiásticas. Ya que la oscu-

<sup>1</sup> Julio Campos Ruiz, Ismael Roca Melia, editores, *San Leandro, San Isidoro, San Fructuoso*, Vol. II de *Santos Padres Españoles* (Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1971), p. 215.

<sup>2</sup> ANTONIO G. SOLALINDE, *Antología de Alfonso X el Sabio* (Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943), p. 18.

ridad de los prejuicios eclesiásticos se ha estado disipando después del Segundo Concilio Vaticano, es tiempo de restaurar a su debido nivel a don Pedro de Luna. Pero cumple decir que para las dos universidades que dotó con su amor paterno y su ayuda material, Salamanca en Castilla y San Andrés en Escocia, siempre han permanecido constantes la estima y el respeto otorgados a su insigne patrono.

La quintaesencia del pensamiento de don Pedro de Luna se encuentra en tres tipos de documentos muy distintos: universitarios, eclesiásticos y la bella obra literaria, *Consolaciones de la vida humana*. Para Salamanca, cuyo *Reparator Primarius* fue, escribió las constituciones de 1411 y suya es la bula de 1413 que fundó la Universidad de San Andrés. Viéndose más y más aislado, tuvo que defender su actitud respecto al papado y su concepto de los concilios de la Iglesia. Entre los manuscritos inéditos que quedan está el de El Escorial *Contra Concilium Pisanum* <sup>3</sup>.

Los hechos de la vida de don Pedro de Luna se pueden encontrar en la biografía interesante del doctor A. Gascón de Gotor <sup>4</sup>. Subrayemos aquí que, después de un gran éxito en el profesorado de Montpellier, se hizo eclesiástico y luego fue canónigo y obispo de Tarazona, canónigo de Huesca, arcediano y pavorde del Salvador en Zaragoza, prepósito de Valencia, arcediano de Andorra. El Papa Gregorio XI, último pontífice de Aviñón anterior al Cisma, le nombró en 1375 cardenal diácono con título de Santa María de Cosmedín <sup>5</sup>. De 1411 a 1413 retuvo para sí el arzobispado de Zaragoza. Se le concedió la legación o nunciatura de España y luego la de Francia. En una ocasión, al pasar por Valencia, confirió el título de doctor a Vicente Ferrer.

A la muerte del Papa Gregorio XI, don Pedro de Luna participó en la elección del papa Urbano VI. Después de un tiempo, sin embargo, fue convencido de que la elección no había sido totalmente canónica y aceptó a Clemente VII como legítimo papa <sup>6</sup>. En esta época, don Pedro de Luna gozaba de un prestigio enorme tanto en Castilla como en Aragón. El historiador eclesiástico del siglo XIX, Vicente de la Fuente, censuró las calumnias que se levantaron contra don Pedro de Luna y escribió de él,

Hombre de gran talento, de ingenio claro y profundo, austero en su trato, grave y comedido, generoso y aun pródigo, como fueron gene-

<sup>3</sup> *Petri de Luna tractatus adversus Concilium Pisanum*. Biblioteca de El Escorial, Lit. Y. Plut II, núm. 17 (T. III, p. 266).

A. GASCÓN DE GOTOR, *Pedro de Luna, El Pontífice que no cedió* (Madrid, Biblioteca nueva, 1956), p. 29.

<sup>5</sup> GOTOR, pp. 41-42.

<sup>6</sup> GOTOR, p. 43.

ralmente los de su casa, casto y sobrio, enemigo acérrimo de simonías y bajezas<sup>7</sup>.

Cuando murió el Papa Clemente VII en Aviñón en 1394, los cardenales allí presentes persuadieron a don Pedro de Luna para que consintiese en que se presentase su nombre como sucesor. Una de las condiciones de la elección fue la de dimisión en caso de que fuese necesario para acabar el cisma. Pedro de Luna aceptó la condición, pero al principio no permitió que se presentase su candidatura. Por fin cedió y fue elegido Papa, escogiendo el nombre de Benedicto XIII. Los primeros años de su pontificado todos le trataron con gran respeto y afecto. En cambio, cuanto trató de realizar reformas en la Iglesia se vio en plena lucha con los prelados franceses y finalmente tuvo que huir de Aviñón disfrazado para pedirle protección a Martín I el Humano de Aragón<sup>8</sup>. En 1409 Benedicto XIII estuvo en Barcelona y más tarde en Tarragona, encontrando al fin refugio en la fortaleza costera de Peñíscola donde murió en 1423<sup>9</sup>.

Todos los esfuerzos hechos con el propósito de acabar el cisma fracasaron. Por fin el Concilio de Constanza (1414-1418) resolvió el asunto. El Papa Juan XXIII, símbolo de la corrupción en la Iglesia fue depuesto. El Papa Gregorio XII dimitió. Entablaron negociaciones con Benedicto XIII pero terminaron sin éxito. Los representantes del Concilio le informaron a Benedicto XIII que su terquedad resultaba herejía en que negaba la unidad de la Iglesia. Por fin, sin tener en cuenta las razones de Benedicto y sin simpatizar con las reformas necesarias en la Iglesia, y por razones políticas, el Concilio en 1417 declaró depuesto a Benedicto XIII, que su nombre se borrara de la lista de los papas y eligieron a Otto Colonna de Roma papa con el nombre de Martín V.

Uno de los actos del Papa Martín V fue aprobar en 1422, las constituciones de la Universidad de Salamanca que el Papa Benedicto XIII había decretado en 1411<sup>10</sup>. Estas constituciones aseguraron la preeminencia de Salamanca y la convirtieron en centro de renovación conforme con las corrientes oriundas del renacimiento italiano.

Alberto Jiménez, historiador de las universidades españolas, escribió que en 1305 la Universidad de Salamanca estuvo «cerca de su ruina»<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> VICENTE DE LA FUENTE, *Historia eclesiástica de España*, Vol IV (Madrid, Compañía de Impresores y Libreros del Reino, 1873-1875), 42.

<sup>8</sup> RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *España cristiana, crisis de la Reconquista*, Vol. XIV de *Historia de España* (Madrid, Espasa-Calpe, 1966), p. 584.

<sup>9</sup> GASCÓN DE GOTOR, p. 341.

<sup>10</sup> VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, *Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549)*, Vol. I, (Salamanca, Universidad de Salamanca, 1966), p. 177 y siguientes.

<sup>11</sup> ALBERTO JIMÉNEZ, *Historia de la universidad española* (Madrid, Alianza, 1971), p. 110.

El salvador y en efecto el «nuevo fundador» de la universidad fue Don Pedro de Luna. El mismo estudió en Salamanca. Su ayuda empezó en 1381 cuando llegó como legado del Papa Clemente VII y «Visitador» de la Universidad. El hecho principal de este año fue el establecimiento de tres cátedras de teología, la ciencia de más importancia de aquella época y que le había permitido a la Universidad de París el dominio casi total del pensamiento católico y a través del pensamiento, de los poderes civiles y eclesiásticos<sup>12</sup>.

Como base segura de las nuevas cátedras, don Pedro de Luna se dedicó a los recursos materiales de la universidad. Insistió en que se reglamentase el gobierno de la universidad, que se robusteciese la autoridad del maestrescuela en contra del obispo y el poder civil, que se asegurase la cobranza de las rentas y se velase por su recta inversión<sup>13</sup>. Cuando llegó a ser papa y sufrió los ataques de la Universidad de París, Benedicto XIII se esforzó más en aumentar el poder y el prestigio de Salamanca como contrafuerza a París. A partir de 1412 la universidad salamantina contaba con seis cátedras de cánones, cuatro de jurisprudencia, tres de teología, una de astronomía, tres de lenguas (griega, hebrea y árabe), dos de medicina, dos de filosofía natural y moral, dos de lógica, una de retórica y dos de gramática. Es de interés que en el plan de estudios de Martín V, se constituyó un gobierno de la universidad formado por el maestrescuela, el rector y el consejo de gobierno, integrado por diez catedráticos y diez estudiantes.

Las ideas educativas de Benedicto XIII se encuentran en la introducción a sus constituciones de 1411<sup>14</sup>. El papado tenía la responsabilidad de estimar y ayudar a los que se dedicaban al estudio de las letras (*litterarum studiis*) para comprender lo divino y lo humano y para quienes Dios es el Autor y la naturaleza la criada de la buena conducta (*Deus artifex et ancilla natura bonorum morum*). La meta de toda investigación era la creación de atletas cristianos robustos (*robustissimus pugiles et athletas*). En contraste con la universidad del siglo XX, Benedicto XIII tenía un sentido de responsabilidad cristiano por el bienestar de la universidad, una idea precisa de la base de los estudios y las investigaciones de la universidad y una esperanza positiva del resultado. Estos tres aspectos bien definidos resultaron en el siglo del oro (el XVI) de la Universidad de Salamanca.

La segunda contribución de Benedicto XIII como precursor de un

<sup>12</sup> JULIÁN ALVAREZ VILLAR. *La universidad de Salamanca. Arte y Tradiciones* Salamanca, Universidad de Salamanca, 1972), p. 17.

<sup>13</sup> HEREDIA, *Bulario*, p. 72.

<sup>14</sup> HEREDIA, pp. 24-25.

nuevo espíritu europeo se encuentra en su actitud hacia el papado y el concilio. Los teólogos franceses y especialmente Juan Gerson, que por fin realizaron el Concilio de Constanza, creían que los cardenales de la Iglesia tenían el poder de convocar un concilio y resolver cuestiones eclesiásticas difíciles<sup>15</sup>. Esto representaba una nueva corriente contrapuesta a la experiencia de los siglos anteriores cuando la autoridad del papa había sido suprema. Los franceses se habían sentido defraudados por la conducta de los papas establecidos en Roma. También las nuevas corrientes humanistas del siglo XIV tuvieron su influjo en la manera de interpretar el poder central de la Iglesia. Aunque le acusaron de terquedad al no ceder a la opinión francesa y de representar un punto de vista ya anticuado, se negaron a considerar la tesis de Benedicto XIII, ni una sugerencia suya desesperada cuando ya toda comunicación entre él y los teólogos franceses se hizo imposible.

El primer ensayo de los franceses, el Concilio de Pisa de 1409, fracasó<sup>16</sup>. Benedicto XIII en su tratado, *Tractatus adversus concilium Pisanum*, fulminó en contra de esta reunión<sup>17</sup>. Anticipó el Concilio de Pisa con un concilio convocado en Perpiñán que no resolvió el problema. Otra vez en Perpiñán en 1416 para hablar con el Emperador Segismundo del Sacro Imperio Romano y los representantes del Concilio de Constanza, propuso Benedicto que se le reconociese como legítimo papa, que todas las sentencias dadas contra él desde que tuvo que huir de Aviñón se declarasen nulas y que después de ceder él y renunciar al papado los cardenales creados por él eligiesen al nuevo papa<sup>18</sup>. Sus palabras fueron:

Soy el único que puede conocer con certeza las cuestiones de legitimidad que emanan de este Cisma, pues soy el único que resta de quienes estuvieron presentes en aquel cónclave que le dio origen. La solución para las desdichas que aquejan la Iglesia soy yo quien únicamente puede y tiene el deber de aplicarla<sup>19</sup>.

La persona del papa tenía para Benedicto XIII aspecto carismático. El nunca podría admitir que un concilio fuese superior al papa, especialmente un concilio compuesto de cardenales cismáticos, ordenados por cismáticos como lo fue el Concilio de Constanza. Para el bien de la Iglesia estaba dispuesto Benedicto a renunciar al papado, pero con tal que se le re-

<sup>15</sup> HENRY C. SHELDON, *The Medieval Church*, Vol. II de *History of the Christian Church* (Boston, Thomas y Crowell and Company, 1899), p. 358.

<sup>16</sup> SHELDON, p. 358.

<sup>17</sup> *Petri de Luna tractatus*.

<sup>18</sup> GOTOR, *Pedro de Luna*, p. 277.

<sup>19</sup> GOTOR, p. 278.

conociese como el único legítimo de todos. Y luego la nueva elección tendría que realizarse por parte de cardenales legítimos de su obediencia.

El Concilio de Constanza, negando todo lo que decía Benedicto, sin combatir su pensamiento y basándose en su fuerza política, se mostró superior al papa y escogió un nuevo papa. Pero los siglos han puesto de manifiesto que la verdadera razón la tenía Benedicto XIII. La Iglesia llegó a reconocer que el papa es una figura carismática y para que un concilio sea legítimo un papa lo tiene que convocar y presidir.

El sufrimiento o más precisamente la «agonía» de don Pedro de Luna, le dio la base para su obra literaria, *Libro de las consolaciones de la vida humana*, escrito primero en latín y luego traducido por él al castellano, quizás a principios del siglo XV<sup>20</sup>.

Esta pequeña y bella obra es uno de los primeros ejemplos de lo que luego se reconoció como la experiencia de «interiorización». Así como Benedicto XIII se había retirado a la fortaleza de Peñíscola para estar en una especie de Arca de Noé, de igual manera se retiró a la Sagrada Escritura y a los Padres de la Iglesia para encontrar fuerza y consolación personal. No solamente relacionó lo que leía en la Escritura y en los Padres con sus problemas personales, sino que compartió con los fieles cristianos en general sus consolaciones. Este carácter personal y moralizador del libro de don Pedro de Luna le hizo precursor tanto de la literatura ascético-mística del siglo XVI como de la literatura picaresca:

... ansi nos, lanzado de nuestra propia silla é mansión por los rebeldes de la fe apostólica...<sup>21</sup>.

Las dificultades de su vida le habían separado de sus responsabilidades y se dedicó a la vida interior. «Et estudia que acaten los ojos de tu ánima la reverenda imagen de nuestro señor Jesucristo...»<sup>22</sup>. Don Pedro de Luna adquiere nuevos ojos espirituales que miran no fuera sino dentro de sí mismo para contemplar la figura de Cristo. Algo muy semejante hizo también Santa Teresa. Ya que Don Pedro de Luna había perdido tanto, se puso a reflejar las pérdidas que tiene que sufrir parte de la humanidad. Como si tuviese una cámara cinematográfica, el autor enfoca primero en una dirección y luego en otra. Se mencionan las pérdidas de riquezas, mansiones, altos cargos, amigos, los placeres y comodidades de la vida, y por último, la salud. En cada caso, Don Pedro de Luna sugiere

<sup>20</sup> PEDRO DE LUNA, «Libro de las consolaciones de la vida humana», en *Escritores en prosa anteriores al siglo XV*, editor, don Manuel Rivadeneira, Vol. 51 (Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1884), 30.

<sup>21</sup> PEDRO DE LUNA, p. 563.

<sup>22</sup> PEDRO DE LUNA, p. 564.

un valor espiritual que se puede alcanzar. Sin disminuir la pena que se sufre, el libro de las consolaciones enseña la manera de aguantarla y triunfar sobre ella.

Las reformas que nunca pudo realizar en la Iglesia para encaminar a los fieles en la vida espiritual las disfrutó en su propia vida y nos dejó un ejemplo de cómo vencer el pecado «conviene a saber, por arte de bien vivir»<sup>23</sup>. Este arte de bien vivir de San Agustín luego fue el afán del «renacimiento» del cual fue verdadero precursor Don Pedro de Luna.

LEWIS J. HUTTON

*University of Rhode Island.*

<sup>23</sup> PEDRO DE LUNA, p. 595.